

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

DE MAESTRA A ALUMNA

Todos tenemos mucho que aprender

EL ÉXITO

Entrevista con Dios

UN SANTO SIN PRETENSIONES

El valor de la modestia



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384

El orgullo es uno de esos rasgos de la personalidad que pueden favorecernos o perjudicarnos. Todo depende de la clase de orgullo que sea. Por el lado positivo, el orgullo es señal de una sana autoestima, considerada importante para nuestra felicidad. Por ejemplo, nos produce satisfacción el hacer bien una labor; o nos anima a seguir por la buena senda el que alguien nos exprese que está orgulloso de nosotros por nuestras buenas cualidades o por una situación en la que obramos bien. En su sentido negativo, el orgullo en muchos casos denota una actitud injustificada o exagerada de superioridad. Muy posiblemente la mayoría de nuestros problemas se deben a esa clase de orgullo.

El orgullo —en su vertiente negativa— desempeña un papel importante en la mayoría de los conflictos: desde la rivalidad entre hermanos hasta las crisis matrimoniales, desde los choques de personalidad en el ámbito laboral hasta las guerras entre países. Las típicas actitudes ególatras y petulantes nos impiden desarrollar a plenitud nuestras posibilidades, pues nos llevan a desechar la ayuda de personas de quienes podríamos aprender mucho. La soberbia además constituye una de las principales causas de soledad, toda vez que levanta murallas entre los seres humanos. Nos infunde miedo de fracasar, lo que a la postre conduce precisamente al fracaso. Asimismo, nos vuelve criticones, intolerantes e impacientes. En resumidas cuentas, la soberbia es enemiga de la felicidad, si bien al mismo tiempo forma parte integral de nuestra naturaleza humana.

No obstante, hay esperanzas; existe un antídoto: la humildad. Por lo general esa virtud es un poco difícil de conseguir, pero eso no quita que esté al alcance de todos. Sólo tenemos que desecharla y cultivarla, como sucede con todas las cosas que no nos nacen espontáneamente. Es decir, requiere constancia y esfuerzo. Dios, sin embargo, nos asistirá en ello si ponemos de nuestra parte. «Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad —y no cabe duda de que Él prefiere que seamos humildes y felices y no altivos y conflictivos—, Él nos oye y nos responde» (1 Juan 5:14,15).

Gabriel

En nombre de *Conéctate*

AÑO 7, NÚMERO 11 Noviembre de 2006

DIRECTOR Gabriel Sarmiento

DISEÑO Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES Doug Calder

PRODUCCIÓN Francisco López

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



CURTIS PETER VAN GORDER

¿HAS ESTADO ALGUNA VEZ EN UNA FIESTA en la que se pasa una gorra de la que cada uno saca una pregunta? Yo sí, y en dos ocasiones me tocó: «Cuéntame una de las experiencias más bochornosas que has vivido». La primera vez me entró pánico. La mente se me puso en blanco. La segunda vez se me ocurrieron varias; pero no tuve valor para narrar ninguna.

Después de la incomodidad que sentí en esa última fiesta, decidí que era hora de hacer examen de conciencia. ¿Por qué me resultaba tan embarazoso contar esas cosas? No era sólo la vergüenza del momento; repasar en la memoria esas experiencias, incluso años después, también era perturbador. ¿Por qué me daba tanto miedo que otras personas se percataran de que era imperfecto, vulnerable y hasta tonto quizá? ¿No sería que la vanidad me estaba llevando a tomarme a mí mismo demasiado en serio?

Tras reflexionar, me acordé de que la Biblia habla mucho de los buenos efectos de la humildad. Nos enseña, por ejemplo, que Dios mora con los humildes y que ama al humilde de espíritu. Jesús fue humilde. Me acordé también de algo que había leído: «Dios hace algunas cosas para enseñarnos humildad, otras para mantenernos humildes, y otras más para ver si seguimos siendo humildes». De ser cierta esa máxima —razoné— y el principio bíblico de que «a quienes aman a Dios todo cuanto pueda sucederles redundará en su propio beneficio», de algún modo hasta esas bochornosas experiencias debieran resultarme provechosas.

Con esa idea en la cabeza, decidí dejar de resistirme a las lecciones de humildad de Dios. Es más, me propuse echarle una mano para agilizar el proceso. Me expondría al bochorno y desvelaría todas esas experiencias en que tuve que tragarme el orgullo. Toditas. Empezando por la primera.

Créase o no, la primera la tuve antes de nacer siquiera, si bien, lógicamente, no me enteré del asunto hasta mucho después. Mi nombre me lo puso el perro de la familia. No es broma; lo digo en serio. Ocurrió así: Resulta que mis padres no lograban coincidir en qué nombre ponerme. Mi madre quería bautizarme con el de su padre; y mi padre deseaba que yo llevara su propio nombre. La solución obvia era ponerme ambos nombres; pero ¿en qué orden? ¿Sabes cómo resolvieron el dilema? Muy simple. No se les ocurrió nada mejor que dejar el asunto a discreción del perro. En un rincón del cuarto colocaron un plato del alimento favorito del animal y un letrero en el que figuraba el nombre de mi padre; y en el extremo opuesto otro plato del mismo alimento con el nombre de mi abuelo al lado. El perro optó por el plato del lado de mi madre y, como consecuencia, desde entonces me llamo Curtis Peter.

Ya ves, fui capaz de contarlo sin tapujos. Y no me costó tanto como me imaginaba.

La siguiente experiencia vergonzosa me ocurrió cuando tenía más o menos una semana de vida... ■

CURTIS PETER VAN GORDER ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ORIENTE MEDIO.



EL ÉXITO

EXTRACTO DE UNA ENTREVISTA CON DIOS

Scott MacGregor

ENTREVISTADOR: PIENSO QUE LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS ANHELAN TENER ÉXITO EN LA VIDA, AUNQUE LA FORMA EN QUE LO DEFINEN PUEDA VARIAR. A MUCHA GENTE LE GUSTARÍA SER ADINERADA O ALCANZAR LA FAMA PARA GANARSE LA ADMIRACIÓN DE LOS DEMÁS, QUIZÁS INCLUSO LLEGAR A SER IDOLATRADA. ¿QUÉ CONSIDERAS TÚ QUE ES EL ÉXITO?

DIOS: Determinar el propósito de tu existencia y cumplirlo.

E.: EN UNA ENTREVISTA ANTERIOR DEFINISTE ESO EN TÉRMINOS DE AMARTE A TI Y AMAR AL PRÓJIMO. ¿ESO ES TODO?

D.: Si haces esas dos cosas te irá bien. No obstante, cada individuo tiene un destino personal. Si lo cumple, le irá aún mejor.

E.: INTERESANTE. ¿VENIMOS PROGRAMADOS PARA REALIZAR ALGO GRANDE, PARA ALCANZAR ALGUNA META ELEVADA?

D.: Depende de cómo definas eso de *grande*.

E.: LLEGAR A SER PRESIDENTE, PRIMER MINISTRO O ALGO ASÍ.

D.: Me dan pena los que ansían ser jefes de estado. No, esa es la grandeza a los ojos de los hombres, y no necesariamente corresponde a Mi idea de grandeza.

E.: ¿CUÁL ES LA TUYA?

D.: Rendir un gran servicio a la humanidad.

E.: PERO SER UN ESTADISTA DE RENOMBRE SERÍA RENDIRLE UN GRAN SERVICIO A LA HUMANIDAD, ¿NO?

D.: Creo que la mayoría de la gente considera más probable que los políticos se presten grandes servicios a sí mismos o a la clase política. Aun el más idealista de ellos tarde o temprano se ve obligado a claudicar de sus principios; algunos incluso se dejan corromper por el sistema político. Me parece que todo el mundo coincidiría en que alguien verdaderamente grande sería más bien alguien como la Madre Teresa.

E.: SIN DUDA ERA UNA SANTA EN EL MÁS ALTO SENTIDO DE LA PALABRA, PERO NO ESPERAS QUE TODOS ALCANCEMOS SEMEJANTE GRADO DE SERVICIO Y ENTREGA, ¿NO?

D.: Si así fuera, el mundo sería maravilloso, ¿no te parece?

E.: ENTONCES ¿QUERRÍAS QUE TODOS FUÉRAMOS ASÍ?

D.: Si todos fueran así, no habría necesidad de que todos fueran así. No espero esa clase de heroísmo de todo el mundo; pero sería estupendo que hubiera más seres altruistas como ella.

E.: ELLA SERÍA, ENTONCES, TU PROTOTIPO DEL ÉXITO.

D.: Ella alcanzó el éxito en su vocación. No se dejó disuadir: llevó a cabo su misión con toda la energía espiritual y física de la que fue capaz. Sé que no todos podrían o querrían hacer lo mismo, pero sí pueden poner cierto empeño en hacerles la vida más agradable a sus semejantes. Yo creé a la humanidad de manera que lo más gratificante de todo sea sacrificarse en favor de los demás. Al lado de eso, cualquier otra forma de éxito se ve como bien poca cosa.

E.: EN ESE CASO, ¿POR QUÉ NO SOMOS MÁS LOS QUE PERSEGUIMOS ESE IDEAL?

D.: Muchos lo hacen. Unos pocos, a gran escala; la mayo-

ría, en pequeños detalles. Lo que frena a las personas es el egoísmo.

E.: PERO TODOS SOMOS EGOÍSTAS EN MAYOR O MENOR MEDIDA. ES PARTE DE LA NATURALEZA HUMANA, EL INSTINTO DE PRESERVACIÓN. SI QUERÍAS QUE FUÉRAMOS ALTRUISTAS —Y SEGÚN HAS DICHO PREFERIRÍAS QUE ASÍ FUERA—, ¿POR QUÉ IMBUISTE DE EGOÍSMO AL SER HUMANO?

D.: El mundo es un banco de pruebas. Aunque el egoísmo es inherente al hombre, también lo es la capacidad de superarlo. Todo individuo tiene la posibilidad de ejercer gran influencia para bien. Basta con que lo desee.

E.: ¡MUY INTERESANTE! OTRO ASPECTO EN QUE LA MAYORÍA QUIERE TENER ÉXITO ES EN LAS RELACIONES HUMANAS. COMO ES NATURAL, ESTAS SON MUCHAS Y MUY VARIADAS; PERO ¿EXISTE UNA PAUTA GENERAL PARA ALCANZAR EL ÉXITO EN ESE ASPECTO?

D.: ¡Sí! ¡La humildad!

E.: PENSÉ QUE IBAS A DECIR EL AMOR.

D.: La humildad es el amor en acción. Es considerar el bienestar ajeno más importante que la propia felicidad. Por tanto la humildad es la clave.

E.: POR DEFINICIÓN, LO CONTRARIO DE LA HUMILDAD ES



EL ORGULLO. ¿CABE AFIRMAR, ENTONCES, QUE EL ORGULLO ES LO QUE OCASIONA EL FRACASO DE UNA RELACIÓN?

D.: ¡Exactamente!

E.: NO OBSTANTE, SE NOS INCULCA EL ORGULLO DESDE LA CUNA.

D.: El orgullo levanta muros entre las personas. La humildad, en cambio, construye puentes. Tiende una mano a los demás.

E.: PERO ENTONCES, ¿NO TE PARECE BIEN QUE UNO SE ENORGULLEZCA DE SUS LOGROS, DE SUS HABILIDADES Y DE SUS APTITUDES?

D.: Existe una diferencia sutil. Es normal que uno se sienta satisfecho después de hacer algo digno de mérito. Pero cuando uno empieza a creerse superior a los demás a causa de lo que ha logrado, está conde-

nado al fracaso. Te diré con toda franqueza que el engruimiento no te va a ayudar en lo más mínimo a disfrutar de relaciones armoniosas.

E.: ¿CÓMO DESCRIBIRÍAS TÚ UNA BUENA RELACIÓN?

D.: Una asociación con una o con varias personas con el objeto de obrar un bien mayor. Cuando la gente trabaja mancomunadamente, se produce una sinergia.

E.: ¿DEFINIRÍAS LA SINERGIA COMO LA ACCIÓN DE DOS O MÁS PERSONAS QUE PRODUCEN UN EFECTO SUPERIOR A LA SUMA DE SUS EFECTOS INDIVIDUALES?

D.: Efectivamente. Una vez más, forma parte del esquema fundamental. Trabajando juntas las personas logran más que trabajando por su cuenta. Pero

para que una relación de cualquier tipo realmente prospere es imperativo que quienes participan en ella sean humildes.

E.: NO CREO TENER DEL TODO CLARO A QUÉ TE REFIERES CON ESO DE SER HUMILDES.

D.: Es estimar al prójimo más que a uno mismo, como dije antes.

E.: ¿Y SI LA OTRA PERSONA NO SE DESEMPEÑA TAN BIEN COMO YO EN CIERTOS ASPECTOS?

D.: Entonces se requiere aún más humildad. Cada persona es diferente; por eso conviene que trates de descubrir qué puedes admirar en los demás. Ser humilde es ponderar a los demás en vez de enaltecerse uno a sí mismo.

E.: POR NATURALEZA NO ESTAMOS MUY ACOSTUMBRADOS A ESO. MUCHOS PENSAMOS QUE NUESTRAS OPINIONES SON LAS MÁS ACERTADAS, QUE NUESTROS MÉTODOS SON PROBABLEMENTE LOS MÁS EFICACES, ETC.

D.: Para los hombres nunca es fácil ser humildes. Tienden a la soberbia. Pero a la larga la humildad siempre compensa; el orgullo no.

E.: A MI ENTENDER, CREAMOS A LOS HOMBRES CON UN MONTÓN DE TENDENCIAS MALAS, COMO EL ORGULLO Y EL EGOÍSMO. ¿POR QUÉ?

D.: Para que me necesitaran. El mundo es una gigantesca demostración de que para alcanzar el verdadero éxito, aun una criatura tan inteligente como el hombre necesita de Mí.

E.: PERO ¿TE PARECE ESO JUSTO? ¿POR QUÉ NOS CREAMOS CON CIERTOS RASGOS QUE AL FINAL ASEGURAN NUESTRO FRACASO?

D.: Recuerda que te dije que ayudo a las personas a hacer lo que les pido. No las creé perfectas, es cierto, pero sí con la facultad de optar por el camino que las lleve a la existencia más perfecta que puedan imaginarse. Cuando creé al hombre le otorgué libre albedrío, la posibilidad

de escoger entre seguirme y no seguirme.

Procuré que los frutos y efectos negativos de la soberbia sean muy evidentes. El orgullo fomenta más el amor que siente uno por sí mismo que el amor a Mí y al prójimo. De ahí que supone un obstáculo a la hora de escoger Mis caminos. Estoy evidenciando ante todo el mundo los beneficios de seguirme con humildad en lugar de optar arrogantemente cada uno por lo suyo.

E.: CUESTA HACERSE CARGO DE ESO.

D.: Sí, pero una vez más es cuestión de fe. Si crees lo que digo y lo pones en práctica, disfrutarás de relaciones armoniosas y asimismo te irá bien en otros aspectos de la vida. ■

EXTRACTO DE *DIOS SEGÚN DIOS*, DE AURORA PRODUCTION AG. EL LIBRO PUEDE SOLICITARSE ESCRIBIENDO A CUALQUIERA DE LAS DIRECCIONES DE LA PÁGINA 2.

PENSAMIENTOS

La verdadera humildad no se refleja en un espíritu abyecto de prostración y autodesprecio; no es más que una estimación acertada de cómo nos ve Dios.
Tryon Edwards

La humildad no es creerse menos que los demás, ni es sinónima de tener uno un mal concepto de sus propios dones. Más bien lo libera a uno de preocuparse por sí mismo.
William Temple

Cuanto más grandes somos en humildad, tanto más cerca estamos de la grandeza.
Rabindranath Tagore

La humildad conduce a la fortaleza, no a la debilidad. Admitir nuestros errores y enmendarlos es obrar con auténtica dignidad.
John McCloy

BAJÉMONOS LOS HUMOS



Aunque a la mayoría no nos importaría llegar a ser un poco más humildes, ¡ay cómo detestamos pasar por la escuela de la humildad! Nos duele tragarnos el orgullo, pero se trata de un dolor que nos hace bien, siempre y cuando tengamos una buena actitud y dejemos que produzca en nosotros el efecto deseado. Conviene recordar el refrán: «No hay rosa sin espina».

PROCURA DESCUBRIR LO MEJOR DE CADA UNO. Todo ser humano ha tenido experiencias que tú no has tenido, y en esos aspectos te aventaja. Einstein, reputado como uno de los grandes cerebros de la humanidad, dijo: «Nunca he conocido a una persona tan ignorante que no tuviera algo que enseñarme».

ELOGIA SINCERAMENTE A LOS DEMÁS. ¿Cómo vas a desdeñar a una persona a la que le estás diciendo lo que admiras de ella? Cuanto más menciones las buenas cualidades de quienes te rodean, más virtudes descubrirás en ellos, y será más difícil que caigas en la trampa del egocentrismo.

NO TE DEMORES EN ADMITIR TUS ERRORES. Dicen que la frase más difícil de pronunciar en cualquier idioma es: «Me equivoqué». Quienes se rehúsan a hacerlo por orgullo suelen volver a caer en los mismos errores y además terminan marginándose de los demás.

SÉ EL PRIMERO EN DISCULPARSE DESPUÉS DE UNA DISCUSIÓN. Si la frase más difícil de pronunciar es: «Me equivoqué», la siguiente más difícil debe de ser: «Perdóname». Ese simple vocablo mata el orgullo y pone fin al altercado: dos pajarracos muertos de un solo tiro.

ADMITE TUS LIMITACIONES Y NECESIDADES. Es parte de la naturaleza humana querer dar la impresión de ser fuerte y autosuficiente; eso normal-

mente no hace más que dificultar las cosas. Si manifiestas humildad pidiendo ayuda a los demás y aceptándola, sales ganando.

SIRVE A LOS DEMÁS. Ofrécete a ayudar a los ancianos, los enfermos y los niños, o a prestar algún otro servicio comunitario. Saldrás beneficiado, pues aparte de adquirir humildad, te ganarás la gratitud y el cariño de muchas personas.

APRENDE ALGO NUEVO: UNA NUEVA TÉCNICA, IDIOMA, DEPORTE O HOBBY. Empezar algo de cero resulta casi siempre embarazoso, pero las recompensas son múltiples: de una experiencia así sales más humilde, y además tu ejemplo anima a los demás y, contrariamente a lo que te dice tu orgullo, te granjea su admiración y respeto.

RECONÓCELE A DIOS EL MÉRITO DE TODA CUALIDAD QUE TENGAS Y DE TODO LO BUENO QUE TE AYUDE A HACER. «No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que Yo soy el Señor.» (Jeremías 9:23,24). O como dijo David Brandt Berg: «Atribúyete a Dios el mérito de todo lo bueno que hagas, y échate a ti la culpa de todo lo malo. Se trata de una regla bastante buena, porque generalmente así es». ■



SERVÍOS

CON AMOR

LOS UNOS A LOS OTROS

María Fontaine

«Servíos con amor los unos a los otros» (Gálatas 5:13) es una frase muy interesante, sobre todo si se considera que el verbo *servir* en este versículo es traducción del griego *douleuo*, que significa ser esclavo. De modo que servirnos con amor unos a otros implica ser esclavos unos de otros por amor, someternos unos a otros y obedecernos unos a otros, hacer lo que nos diga otra persona y hacerlo con amor.

¡Eso es bastante difícil! A uno generalmente no le gusta ser tenido por siervo, y menos aún por esclavo. Puede que no nos importe servir y atender a ciertas personas —por ejemplo, a nuestro jefe—, pero nos cuesta un poquito considerarnos siervos de nadie, sobre todo de un compa-

ñero. ¿Qué te parece a ti eso de ser esclavo de otro? Aunque él esté dispuesto a ser tu siervo también, es probable que igual te resulte incómodo considerarte un siervo, sin posibilidad de ejercer tu voluntad.

Es más fácil pensar en servir al Señor, pues Él es tan sublime y superior a nosotros en todo sentido. Cuesta mucho menos decir: «Señor, te serviré» a un Dios omnisciente, omnipresente y omnipotente que a alguien a quien consideramos nuestro igual, o que incluso nos parece que está por debajo de nosotros en ciertos aspectos.

Otros versículos muy buenos sobre servirnos unos a otros son: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él

mismo» (Filipenses 2:3). «Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros» (Romanos 12:10). «Someteos unos a otros en el temor de Dios» (Efesios 5:21), y: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2).

Resulta un poquito más fácil en los casos en que lo hacemos de forma voluntaria. Por ejemplo, si decidimos servirle una comida a alguien, prestamos un servicio, pero la idea partió de nosotros. El concepto de servirnos con amor unos a otros implica más bien cumplir los mandatos de otra persona. Eso exige un poquito más de gracia, humildad y sumisión.

Naturalmente que si tenemos en cuenta ese principio de «servirnos con amor los unos a los otros», no vamos a pedirle a nadie que

DOS CUALIDADES INSEPARABLES

David Brandt Berg

Es incuestionable que la humildad es parte esencial del amor. Hace falta humildad para ser afectuoso y recibir afecto. Si quieres enamorarte y quieres que te amen de verdad, necesitas humildad para renunciar a tu orgullo y aceptar ese amor.

Eso se aplica también a nuestra relación con el Señor. Al entender que Dios nos ama tanto que envió a Jesús, Su único Hijo, para que muriera por nosotros, debemos aceptar humildemente Su amor. Aceptar la salvación es una experiencia de humildad. Además de recibir perdón, quienes adoptan una actitud humilde reciben una infusión de amor que rebasa todas sus expectativas. En cambio, los que son muy orgullosos se pierden ambas cosas, pues «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Santiago 4:6).

El amor y la humildad son inseparables. Los que aman de verdad son humildes, y los humildes son amorosos. Sin humildad no se puede manifestar auténtico amor a los demás; y si no manifestamos mucho amor, es que no somos humildes. El orgullo nos inspira temor a fracasar o a ser rechazados, y eso a menudo nos impide manifestar a los demás el amor que deberíamos. Mas no pasa lo mismo con la humildad. En la humildad conviven el amor y la fe desprovistos de todo temor (1 Juan 4:18). Al que ama no le importa lo que piensen los demás: él ama a pesar de lo que opinen. Sé, pues, humilde y amoroso. ■

haga algo que pueda resultar perjudicial o dañino. Independientemente de si somos nosotros los que servimos a los demás o ellos los que nos sirven, todos nuestros actos estarán motivados por el amor y todos nos beneficiaremos. Es posible que a veces lo que pedimos a los demás exija un sacrificio de su parte, pero nosotros también les prestamos servicio a ellos y a veces también nos sacrificamos por ellos; de modo que se trata de un servicio mutuo.

Jesús dijo: «Yo no vine para ser servido, sino para servir» (Marcos 10:45.) ¿En qué categoría se pone entonces Jesús? En la de siervo. «Se despojó a Sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:7).

Total que Jesús fue y sigue siendo un siervo, nuestro siervo. Se pone a nuestra disposición. Dice: «Pedid, y se os dará; buscad, y

hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mateo 7:7). Dice: «Haré lo que me pidas. ¿Qué quieres? Soy tu siervo y haré lo que desees». Si Jesús nos ama tanto que está dispuesto a ser nuestro siervo, ¿no deberíamos imitar Su ejemplo y servirnos con Su amor unos a otros?

La Biblia dice: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis Sus pisadas» (1 Pedro 2:21). En otra parte Jesús dijo: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío» (Juan 20:21). El Padre evidentemente lo envió en calidad de siervo, y un siervo tiene el compromiso de sacrificarse, lo que a veces se traduce en sufrir por los demás. El caso es que Jesús lo hizo por nosotros y nos pide que sigamos Su ejemplo. Para eso hace falta mucha humildad. Sin embargo, los grandes sacrificios traen aparejadas grandes recompensas. ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Humildad en las relaciones humanas

SEGUIR EL EJEMPLO DE HUMILDAD DE CRISTO.

Mateo 21:5
Juan 13:5,12-15
Lucas 22:27
Filipenses 2:5-8

OTROS EJEMPLOS DE HUMILDAD:

1 Samuel 25:40,41
Marcos 7:25-30
Lucas 7:2-7
Juan 1:27

AMAR Y HONRAR A LOS DEMÁS.

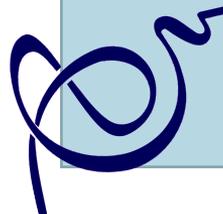
Romanos 12:10
Romanos 12:16
Filipenses 2:3

SOMETERSE CON HUMILDAD LOS UNOS A LOS OTROS.

Lucas 22:25,26
Efesios 5:21
1 Pedro 5:5

SEÑALAR LOS ERRORES AJENOS HUMILDEMENTE.

Lucas 6:42b
Gálatas 6:1
2 Timoteo 2:25



De maestra

a alumna

VIVENCIAS

Charlotte Hopper

«**E**STO DEBIERA RESULTARME MUY FÁCIL —pensé mientras me preparaba para dejar la enseñanza primaria y dedicarme a la secundaria—. Al fin y al cabo, llevo toda la vida de docente». ¡Vaya sorpresa la que me llevé!

Los niños pequeños, por lo general, son bastante respetuosos de las personas mayores y confían en ellas. Para casi todos los que había tenido a mi cuidado mi palabra era la ley, sin chistar. En cambio, daba la impresión de que los adolescentes lo cuestionaban todo. El respeto y la obediencia —que yo siempre había considerado que todo profesor se merecía— no estaban garantizados. No es que yo estuviera siempre en lo cierto y los jóvenes errados; simplemente ellos querían hacer las cosas de otra forma. Preferían ser independientes y nunca se contentaban con hacer las cosas como yo, o como sus padres, o como otras personas de nuestra generación.

De haber sabido entonces lo que sé ahora, podría haber tenido éxito. Pero me empeñé en aplicar los métodos de probada eficacia que siempre había empleado. De ahí mi relación con mis alumnos se tornó tensa. Me sentía contrariada, infeliz. Me pasaba el día criticando.

Tiempo después me ofrecieron un puesto de directora de una pequeña obra de asistencia social en una zona de tugurios de Sao Paulo, la cual tenía buenas posibilidades de prosperar. Acepté. Nunca antes había puesto pie en una favela, así que no sabía qué esperar ni por dónde empezar. Pero Dios me dio un compañero de trabajo que sí estaba preparado: Paulo, un muchacho brasileño de 20 años criado en el

seno de una familia misionera y que ya llevaba dos años dedicado a los jóvenes de barrios marginales. Dimos inicio a nuestra pequeña misión, y ahí comenzó también mi propia formación.

Esencialmente se trataba de combinar la asistencia material y la formación práctica con el asesoramiento espiritual, a fin de mejorar la situación de unas 100 familias que vivían en un basural de la ciudad. En aquel descampado de unas 20 hectáreas nos enfrentábamos a todas las deficiencias imaginables de salubridad, higiene y falta de servicios públicos: cloacas al aire libre, agua contaminada, ratas y otras alimañas, caminos de tierra, una red de tendido eléctrico totalmente inadecuada y precaria... todo lo que a uno se le puede ocurrir.

Afortunadamente, Paulo demostró tener mucha perspicacia y ciertas habilidades que a mí me faltaban. Fue para mí una lección de humildad cuando, al entrevistar a aquellas familias, se hizo evidente la experiencia de Paulo y mi propia ignorancia.

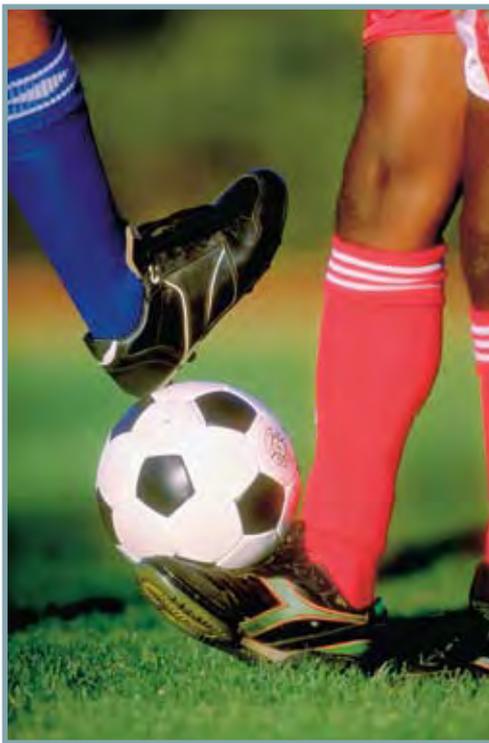
Yo provengo de una familia de clase media alta de Estados Unidos. Nunca había visto semejante pobreza. Las condiciones físicas de aquel lugar me abrumaron mental y emocionalmente.

Además, no sabía relacionarme con las personas a las que habíamos ido a ayudar ni entendía que toda su mentalidad estaba modelada por el sufrimiento, la pobreza y el trajín cotidiano para obtener artículos de primera necesidad. Metía la pata en lo que decía y hasta bromeaba con asuntos que para ellos no eran cosa de risa. Me sentía avergonzada cada vez que Paulo me llamaba aparte y me señalaba mis desaciertos; pero poco a poco fui aprendiendo.

Paulo también me expresaba su opinión sobre las necesidades y las actitudes de las diversas personas a las que entrevistábamos u ofrecíamos ayuda. Me explicaba, por ejemplo, que ciertas familias no pasaban tantas privaciones como otras, o no se esforzaban todo lo que podían por mejorar sus condiciones de vida. Se daba cuenta de quiénes eran de fiar y merecían nuestra asistencia; yo no. A mí me parecía que todos precisaban ayuda y que todos eran sinceros. Amén de todo ello, Paulo se percataba de los comentarios y de los actos que les caían pesados o los ofendían. Estaba compenetrado con ellos; yo no.

Los jóvenes de aquel lugar —de hecho, todos— querían a Paulo entrañablemente. Él se ponía a su altura, aunque con el objeto de levantar el nivel. Era capaz de hablar su mismo lenguaje; pero en un abrir y cerrar de ojos encauzaba la conversación hacia temas más positivos y constructivos. Tanto les daba una exhortación como jugaba al fútbol con ellos. A él todo le salía con naturalidad. ¿Cómo no iba yo a valorar sus dotes directivas y las recomendaciones que me hacía?

Como consecuencia, adivinen qué pasó. Paulo y yo nos llevábamos de maravilla, y nuestros esfuerzos dieron fruto. Ambos nos dedicamos ahora a otras misiones, pero la obra que comenzamos juntos florece hasta el día de hoy. ¿Por qué? Estoy segura de que en parte obedece a que aprendimos a trabajar



**TANTO LES
DABA UNA
EXHORTACIÓN
COMO
JUGABA AL
FÚTBOL CON
ELLOS.**

en equipo. Yo me mostré abierta a sus consejos, reconocí su capacidad y seguí sus indicaciones. Cuando surgía algo para lo que yo estaba mejor capacitada, él me dejaba tomar la iniciativa. Cuando algo salía mal, lo hablábamos. Yo respetaba sus aptitudes y opiniones, y él las mías. Funcionó de maravilla.

Aprendí mucho de aquella experiencia. En primer lugar, comprendí que si hubiera encarado la enseñanza media con la misma actitud con que abordé aquella labor social con Paulo —reconociendo que tenía mucho que aprender—, todos habríamos sido más felices. De haber animado más a aquellos jóvenes alumnos, de haberles demostrado más respeto y confianza, ellos me habrían respetado y apreciado más a mí. En vez de caerles como una sabelotodo, hubiera debido dejarles experimentar y luego ayudarlos a enderezar los entuertos cuando las cosas salían mal. Así habríamos madurado juntos.

¡Gracias a Dios que siempre nos presenta nuevas oportunidades! Sin duda Él sabía lo que hacía cuando me llevó a dejar mi puesto de docente para que aprendiera a llegar al corazón de los jóvenes. ■

CHARLOTTE HOPPER ES MISIONERA DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL EN EL BRASIL.

¿QUÉ ES LA GRANDEZA?

¡Vaya sorpresa nos vamos a llevar cuando el Señor distribuya las recompensas y se vea quiénes fueron verdaderamente los más grandes! Algunos sirven al prójimo de forma desinteresada y abnegada, entregándose sin reservas, sin que se les reconozca jamás su labor. Pasan prácticamente inadvertidos. Sin embargo, Dios se entera de esas cosas, lo apunta todo en un libro y pagará a cada uno conforme a sus obras, según sean buenas o malas.

Recordemos el comentario de Jesús sobre la mujer que lo ungió antes de Su muerte: «Esta ha hecho lo que podía» (Marcos 14:8).

Aunque te parezca que no puedes hacer gran cosa, al menos haz lo que puedas. Si eres fiel, Dios te dará un día de estos un generoso galardón, cuando compares ante el Tribunal de Cristo (Romanos 14:10).

Haz tu labor con empeño. Así cuando mueras tendrás la tranquilidad de haber hecho tu trabajo lo mejor posible. Sabrás que te aguardan recompensas y gloria eternas, y te sentirás verdaderamente realizado, para siempre.

David Brandt Berg

No se debe confundir la notoriedad con la grandeza. Muchos de los que hoy ostentan un título no saltaron a la fama ni obtuvieron su fortuna por méritos propios. Por otra parte, he conocido personas de grandeza indiscutible que eran muy poco conocidas. La grandeza es una cualidad del espíritu. No tiene nada que ver con la posición que uno ocupe entre los mortales. Nadie —y menos aún un simple ser humano— confiere grandeza a otro, pues esta es un logro, no un premio. La grandeza corona a un conserje con la misma facilidad que a una persona de destacada posición social.

Sherman Finesilver

En este mundo nadie es un inepto en tanto que se esfuerce por aliviar la carga de otro.

Charles Dickens

La verdadera grandeza y el auténtico don de mando no se alcanzan obligando a otros a servirnos, sino entregándonos abnegadamente al servicio del prójimo.

Anónimo

Aunque anhelo realizar obras grandes y nobles, mi principal tarea es realizar obras humildes como si fueran grandes y nobles. El mundo progresa no sólo por medio del potente impulso de sus héroes, sino también por la suma de los pequeños impulsos de cada persona que trabaja con honradez.

Hellen Keller

El mundo mide la grandeza en función del dinero, la elocuencia o las dotes intelectuales que se posean, o incluso la destreza en el campo de batalla. En cambio el Señor aplica el siguiente patrón de medida: «En el reino de Dios, las personas más importantes son humildes como este niño» (Mateo 18:4, TLA).

J.H. Jowett



NUESTRO HUMILDE SALVADOR

NACIÓ EN UN ESTABLO: «Dio a luz a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón» (Lucas 2:7).

FUE RECHAZADO POR MUCHAS DE LAS PERSONAS A LAS QUE VINO A SALVAR: «En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron» (Juan 1:10,11).

SE HIZO SIERVO DE TODOS: «¿Cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lucas 22:27).

SU ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN: «He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga» (Mateo 21:5).

EL LAVADO DE LOS PIES: «Puso agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos

y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. [...] Después que les lavó los pies, tomó Su manto, volvió a la mesa y les dijo: «¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros, porque ejemplo os he dado para que, como Yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13:5,12-15, RV95).

GUARDÓ SILENCIO ANTE SUS ACUSADORES: «Angustiado Él, y afligido, no abrió Su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de Sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca» (Isaías 53:7).

FUE ESCARNECIDO POR HOMBRES PERVERSOS: «Escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron Sus vestidos, y le llevaron para crucificarle. [...] Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza» (Mateo 27:30,31,39).

FUE CRUCIFICADO CON DELINCUENTES COMUNES: «Crucificaron con Él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda» (Mateo 27:38).

SE PUSO A NUESTRO NIVEL: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:5-8).

Si aún no conoces al humilde Salvador, no dejes pasar esta oportunidad. Él está a la puerta de tu corazón, esperando a que lo invites a entrar. No tienes más que rezar así: «Jesús, te ruego que entres en mí y me perdones todos mis pecados. Lléname de Tu amor y dame el don de la vida eterna. Amén». ■

UN SANTO
SIN PRETENSIONES

Homenaje a mi padre

Marina Gruenhage



MI PADRE Y YO, 1955

NO PRETENDO PONER A MI PADRE en un pedestal. A él no le habría gustado. Siempre procuraba pasar inadvertido. No recuerdo ninguna ocasión en que quisiera honores para sí. Si alguien lo elogiaba, señalaba hacia arriba, a su Creador, y le atribuía a Él todo el mérito.

Muchos años después de su muerte, me doy cuenta de que mi padre era un tesoro. Cuando todavía estaba en la Tierra —sobre todo durante mi adolescencia— no lo supe valorar. Daba por sentado que todos los padres eran tan bondadosos y sacrificados como el mío. No apreciaba su naturaleza afable y sufrida. Tampoco respetaba sus convicciones. Al contrario, lo humillé muchas veces, insensible

al dolor que le causaba.

Papá, ahora sabes lo arrepentida que estoy de haberte lastimado tanto. Ahora sabes lo orgullosa que estoy de ti y lo inmensamente que agradezco la huella que dejaste en mi vida.

Mi padre nació en Alemania en 1893. Cuando yo nací, él tenía edad para ser mi abuelo.

A los 17 años aceptó a Jesús como Salvador y tomó la decisión de divulgar Su amor a toda persona que se cruzara en su camino. Siendo aún muy joven, y pese a no quererlo, tuvo que combatir en la Primera Guerra Mundial. Habría preferido con mucho salvar vidas que acabar con ellas. Pese a la frecuente oposición que enfren-

taba, hablaba de Jesús siempre que podía. Unos pocos soldados se burlaban de él y de su fe, y a veces lo trataban muy mal.

Me contó por ejemplo esta anécdota: «Una vez, un oficial echó mano de mi biblia para mirar un versículo que él y sus compañeros querían emplear para burlarse de mí. No hallaron el versículo, pero entre las hojas vieron mi lista de peticiones de oración, y la leyeron con interés. Sorprendidos, encontraron sus nombres en ella». Aquellos hombres orgullosos y rudos le devolvieron humildemente la Biblia, se disculparon con él, y no volvieron a molestarlo.

Papá también nos habló de uno de sus superiores que había formado parte del grupo que se burlaba de él. Pero en el campo de batalla siembre buscaba refugio cerca de mi padre, el cual le preguntó en una ocasión:

—¿Por qué se esconde siempre detrás de mí? ¡No soy a prueba de balas!

El oficial respondió muy seriamente:

—Es que a usted lo rodea tanta paz. No sé por qué, pero cuando estoy a su lado me siento a salvo.

La voz de mi padre se quebraba de emoción cuando nos hablaba de un soldado de 19 años que se dejó llevar por el pánico y fue sorprendido desertando antes de

una batalla importante. Lo iban a ejecutar de inmediato, pero mi papá intercedió por él.

—Permítame hablar con él un rato —le imploró al oficial a cargo.

Finalmente le fue concedida su petición.

Papá le habló al muchacho de que Jesús se sobrepuso al temor y entregó la vida por nosotros, y oraron juntos. El joven soldado marchó con valentía a la batalla, sabiendo que probablemente perdería la vida en ella. Cuando más adelante encontraron su cadáver, tenía una expresión de gran serenidad en el rostro, y estrechaba fuertemente contra su pecho el folleto que le había entregado mi padre. El texto concluía con este versículo: «El eterno Dios es tu refugio y Sus brazos eternos son tu apoyo» (Deuteronomio 33:27, RV95).

Terminada la guerra, papá se puso a estudiar para hacerse pastor de iglesia, pero tuvo que renunciar a su sueño a fin de rescatar a sus padres de una crisis económica. Con una familia que mantener, jamás pudo reanudar los estudios. Eso no le impidió continuar divulgando el amor de Dios por dondequiera que iba. Fundó una catequesis dominical y dirigía frecuentes reuniones en su iglesia, sustituyendo al pastor en muchas ocasiones. Una de sus actividades preferidas en su tiempo libre era visitar a los enfermos y a personas que estaban solas.

Soy la menor de seis hijos. Cuando era pequeña, papá y yo nos queríamos muchísimo y pasamos juntos incontables y gratos momentos. Pero cuando crecí y le di la espalda al amor de Dios y a la fe que me habían transmitido mis padres, les causé gran dolor. Prácticamente no tuve comunicación con mi padre

durante mi adolescencia, porque yo no quería oír los sermones que pensaba que me iba a soltar. Mi madre ya me predicaba bastante, o al menos eso me parecía.

Mi padre optó por guardar silencio; mamá y yo, en cambio, discutíamos mucho. Él le decía:

—¿Por qué hablas tanto con tu hija? ¡Sería mejor hablar con Dios de tu hija!

A veces se me encogía el corazón por la manera en que me miraba, con los ojos llenos de tristeza. Nuestra tierna relación de padre e hija se había evaporado, y a él se le hacía muy penoso.

A mí también me pesaba, pero no quería reconocerlo y me refugiaba tras una fachada de insensibilidad.

Papá rogó a Dios por mí, y Él lo escuchó. A los 21 años experimenté una transformación milagrosa. Como una hija pródiga, volví a Jesús y le pedí que se hiciera cargo de mí. Él respondió a mi súplica y me dio el amor y la satisfacción que anhelaba.

¡Cómo se alegró mi padre! Tuviémos un reencuentro muy dichoso, y mamá me dijo que a lo largo de los años mi padre no había dejado de rogar con fervor y gran determinación para que encontrase al Señor, costara lo que costara. ¡Gracias, papá, por no darme por imposible y por ayudarme a descubrir la auténtica felicidad!



PGM: MI PADRE CON SUS HERMANAS



UNA FOTO DE 1958

Unos cuantos años después, cuando mi padre partió hacia al Cielo, se publicó un breve artículo sobre él en un diario local. Entre otras cosas, decía: «Es poco común hallar personas con tanta paciencia y bondad como las que manifestó el Sr. Gruenhage. Quienes lo conocieron se daban cuenta de que “había estado con Jesús” (Hechos 4:13)».

A su manera, mi padre fue un humilde santo, de esos que pueblan el Cielo. ■

MARINA GRUENHAGE (1947-2005) FUE MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL DURANTE MÁS DE 30 AÑOS, BUENA PARTE DE ELLOS EN EL JAPÓN.



HAZLES UN FAVOR

DE JESÚS, CON CARIÑO

Deshacerse del ego requiere fortaleza interior.

Muchos andan por la vida con una pesada carga de ego. Quieren quedar bien a toda costa, a veces a expensas de los demás. Es triste; no debiera ser así, particularmente cuando uno tiene cierto rango.

Tienes la magnífica oportunidad de ayudar a las personas que te admiran a alcanzar todo su potencial. Es imposible, sin embargo, que se sientan importantes, capaces y respetadas si insistes siempre en tener la última palabra y en hacer valer tu opinión. Es comprensible que quieras tomar decisiones acertadas y tener éxito; pero no es necesario hacerlo a expensas de los demás. El dirigente que se empeña en dominar las reuniones de la empresa y en promover sólo sus propias ideas termina sofocando la creatividad y los esfuerzos de sus colegas y restándoles entusiasmo para impulsar las ideas que les propone.

Hazles un favor a los demás despojándote de tu ego.